

Karl Deutsch: el nacionalismo revisitado

Josep Baqués | Profesor agregado de Ciencia Política de la Universidad de Barcelona



Imagen: Karl Deutsch

Resumen

Este *Paper* persigue un doble objetivo. Por una parte, recoger algunas de las principales aportaciones de Karl Deutsch, a la sazón uno de los padres de la teoría social-constructivista, que ha tenido y todavía tiene mucho recorrido. Por otra parte, retomar el debate acerca del nacionalismo, a partir de una aproximación original, alejada de los dogmatismos al uso, a la que podríamos definir como una mirada-no-nacionalista-del nacionalismo.

Lo primero está plenamente justificado, en la medida en que se trata de uno de los intelectuales de más peso del siglo XX aunque, como ocurre con tantos otros clásicos, Deutsch corre el riesgo de incurrir en el olvido a partir de la vorágine de autores, teorías y discursos aparecidos en los últimos lustros, sin que hayamos tenido margen de tiempo para filtrarlos en función de su calidad y de su utilidad.

Lo segundo también lo está, habida cuenta de que en plena era de la globalización, los nacionalismos de viejo cuño parece que han redoblado su esfuerzo por tratar de sobrevivir -aun a costa de los demás- antes de que se desvanezca su ventana de oportunidad. Porque si algo caracteriza la obra de Deutsch es su mirada crítica hacia las imágenes demasiado tópicas y simplistas de las miradas nacionales basadas en lógicas *Volkgeist*.

Introducción

Karl Deutsch (1912-1992) es uno de los intelectuales más incisivos de la segunda mitad del siglo XX. Nacido en Praga, en el seno de una familia germanohablante, su infancia y juventud estuvieron muy condicionadas por los avatares de sus progenitores (militaban en la socialdemocracia de la época). De modo que, tras la entrada de los nazis en la región de los Sudetes (1938), Deutsch optó por no regresar de un viaje a los

EEUU. Fue allí donde residió hasta su muerte y donde desarrolló la mayor parte de su carrera académica.

La obra de Karl Deutsch puede ser comprendida de diferentes maneras. En buena medida, como un referente del social-constructivismo, incluso en lo que se refiere a las relaciones internacionales. Pero también, a partir de alguna de sus primeras grandes obras, como un teórico del nacionalismo. Teórico del nacionalismo, decimos, que no nacionalista, lo cual merece una explicación adicional.

De este modo, la primera parte de este *Paper* tendrá que ver con la necesidad de apuntalar algunas nociones básicas acerca del social-constructivismo, no menos que del nacionalismo, siempre con la mirada puesta en el papel jugado por Deutsch en ambos casos. Una vez eso esté claro, procederemos a señalar las aportaciones que nuestro autor desarrolla en el debate acerca del nacionalismo, para finalizar recogiendo algunas de las derivadas finiseculares de sus propios planteamientos, a través de la obra de otros intelectuales que, de alguna manera, han trabajado en la estela de las primeras intuiciones de Deutsch.

El social-constructivismo como modo de aproximarnos a (y recrear) la realidad

El social-constructivismo plantea que la realidad que nos envuelve dista de ser fruto de la naturaleza, de procesos espontáneos, o de la casualidad. Más bien, lo que ha venido ocurriendo es que el ser humano ha moldeado esa realidad, según su conveniencia. Lo ha hecho a través de su conducta, de su mirada, o de diversas intervenciones tendentes a influir en esa realidad, siendo especialmente relevantes las que tienen que ver con las narrativas empleadas o con el discurso generado. **La intuición última del social-constructivismo es que la “realidad” no posee una naturaleza óptica determinada, sino que es algo construido artificialmente. Y que, por la misma razón (y con las mismas herramientas), puede ser deconstruida.**

Lo primero que cabe poner de relieve es que esto no es, como suele decirse, ni “bueno”, ni “malo”. El social-constructivismo conduce a otro modo de entender el mundo que nos rodea. Sin -en principio, al menos-prejuizar el estado de la cuestión. De hecho, algunos de los autores más emblemáticos de esta escuela, cuya obra se desarrolla décadas después de que Deutsch escribiera sus primeros libros, destacan la cara más perversa de estos procesos, sin perjuicio de mostrar también el potencial de cambio hacia situaciones más amables.

Pensemos en Alexander Wendt (1999). Su aproximación a la teoría de las 3 culturas es tan clara como inquietante. Pero, sobre todo, es muy útil para enmarcar la lógica del social-constructivismo. A su entender, el mundo es anárquico (dándole de ese modo la razón a los realistas, a quienes por otra parte se opone). Pero no lo es porque haya algo que así lo determine. Es decir, el mundo no tiene una “naturaleza” anárquica, si es que tiene alguna naturaleza. Lo que ha sucedido, siempre según Wendt, es que el mundo es anárquico porque nosotros lo hemos construido como tal... forzando las cosas (Wendt, 1999: 11). Más concretamente, es anárquico porque hemos creado enemigos. Y lo hemos hecho en el sentido más fuerte, carlschmittiano, de esa expresión (Schmitt, 2009), donde no había mayor necesidad de que así fuera.



Imagen: Karl Deutsch

La principal herramienta para tamaño órdago ha sido el lenguaje. La narrativa, si se prefiere. Porque, entiéndase bien, no se trata de ejercicios semánticos planteados en abstracto, por los sibaritas de la filología, sino de tentativas de remodelación del entorno que son enmarcables en una estrategia política de largo alcance. En ese sentido, que Platón y otros sabios atenienses denominaran “bárbaros” a ciertos extranjeros (pero no a otros) no es algo aleatorio. Porque mientras el ciudadano de las otras *polis* era un extranjero bien considerado (un forastero, al que se podían reconocer hasta ciertos derechos), quienes vivían extramuros del mundo helénico eran reducidos a la condición de subhumanos. Precisamente, la atribución de esa categoría (la “barbarie”), más relacionable con comportamientos animales, era causa y efecto de dicha consideración peyorativa.

Lo mismo sucedió, siglos después, en la etapa de las colonizaciones. Porque los nativos (lexema nada ofensivo, ni despreciativo, sino más bien aséptico y descriptivo) solían ser calificados como... “salvajes”. De nuevo, el interés subyacente en quien emplea estas palabras reside en asignarles atributos no-humanos o, a lo sumo, propios de seres subhumanos o dotados de una humanidad limitada, parcial o discutible.

El objetivo último, en los dos ejemplos seleccionados, estriba en fomentar no solamente la diferencia (que también) sino, sobre todo (ahí es donde reside el verdadero problema), el desprecio hacia el “otro” y, *a fortiori*, llegado el caso (si estalla la violencia), un mayor ensañamiento con ese “otro”. Eso sí, Wendt deja claro que, aunque los ejemplos de los Estados son muy recurrentes, esas mismas dinámicas, perversas, pueden ser ocasionadas por actores intraestatales... cada vez más (Wendt, 1999: 9).

Si bien, como destaca el propio Wendt, el siguiente problema estriba en que mientras se generan estas espirales dialécticas se puedan multipliquen los casos de profecías autocumplidas. De modo que quienes son “construidos” como enemigos, al advertir el riesgo que corren, suelen reaccionar violentamente para preservar (incluso preventivamente) su propia integridad, ya sea personal o grupal. Ese sería, en definitiva, el recorrido seguido por las diversas muestras de “cultura de la enemistad”, de matriz hobbesiana, a las que alude Wendt.

En todo caso, como antes se ha indicado, el itinerario a seguir para consolidar la cultura de la enemistad es, en lo instrumental, el mismo a seguir para avanzar, algún día, hacia una “cultura de la amistad” (que el autor identifica con Kant). Precisamente porque el mundo no está ópticamente determinado hacia el enfrentamiento.

El nacionalismo como sujeto y como objeto de estudio

La principal aportación de Deutsch al campo del nacionalismo y, por ende, a la intersección entre social-constructivismo y nacionalismo es *Nacionalismo y Comunicación Social* (1953). Pero, antes de lanzarnos al análisis de algunos de los principales aspectos de su contenido, conviene hacer una breve aproximación al fenómeno nacionalista como tal. Solo entonces estaremos en disposición de analizar el papel de nuestro autor en dicho debate.

Cabe recordar que el nacionalismo como -ismo (es decir, como conjunto articulado de ideas, internamente coherente, con ansia y capacidad de incidir en la realidad política) no nace hasta finales del siglo XVIII. Solemos emplear como contexto la revolución francesa, porque en ese período histórico aparecen las obras de los autores que originan las dos principales escuelas del nacionalismo (por cierto, enfrentadas entre sí) que, a grandes rasgos, llegan a nuestros días.

Esta fecha puede parecer tardía. Sobre todo, para el gusto de los nacionalistas, para quienes el supuesto pedigrí histórico de su nación es algo relevante (o incluso una *conditio sine qua non*). Ahora bien, esta primera aproximación teórica no empece otra cuestión, a saber: si existen -o no- las naciones, antes de ese siglo XVIII.

En realidad, lo que se discute en sede académica (se sigue discutiendo), es hasta qué punto podemos hablar de la existencia de naciones antes del surgimiento del nacionalismo. ¿Pueden constituir una realidad, objetivable, pese a que no sean identificadas por ninguna teoría, o pese a que no constituyeran -antes

del siglo XVIII- el mecanismo principal de atribución de lealtades políticas? Lealtades que, en buena medida, dependían de vínculos con dinastías, es decir más verticales que horizontales, y más estatales que nacionales (Baqués, 2015: 54-55). Claro que, siendo así... ¿Qué valor tendrían las supuestas naciones, más allá de lo paisajístico (incluyendo, si se desea, la geografía humana)?

O, simplemente, ni siquiera cabe hablar de tal (pre-) existencia, a no ser que optemos por equiparar la palabra “nación” a cualquier colectivo que posea rasgos culturales específicos... en cuyo caso tampoco serían un buen anticipo de los marcos mentales vigentes, dado que a lo largo de los siglos se han producido innumerables cambios, transiciones, fusiones, desapariciones, mixturas, etc. entre esas viejas comunidades de hace varios siglos, quizá algún milenio (puestos a caminar hacia atrás... ¿dónde nos detenemos?). Por todo ello, el lector comprenderá que no se haya llegado a ningún consenso científico respecto a la existencia de naciones antes de la aparición de los nacionalismos.

Pero, una vez sentadas esas bases, conviene retomar la cuestión de las teorías nacionalistas. Hemos hablado de dos ramas. En efecto, por una parte, encontramos la teoría de la nación *Volkgeist*, de matriz germánica, liderada por Herder y Fichte. Por otra parte, la teoría de la nación cívica o política, liderada por Sieyès (contemporáneo de los anteriores) y, sobre todo, por Renan (desde finales del siglo XIX).

La primera de ellas toma en consideración los rasgos externos, objetivables, de los que cabe inferir la existencia de ese espíritu del pueblo (lengua, otros aspectos culturales, folklore, derecho consuetudinario y, en algunas de sus ramas -dado el lenguaje de la

época- la raza). La segunda, asume que esos elementos son poco o nada relevantes para definir las naciones, primando en cambio el hecho de compartir un proyecto político común, que dote de sentido -más allá de lo puramente jurídico- a esa unidad de convivencia llamada nación.

Finalmente, estas dos grandes derivadas conforman, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, teorías más sofisticadas, e incluso híbridas (Stuart Mill, Mancini). El auge del debate en el (es decir, “dentro” del) nacionalismo se plantea a lo largo de dicho siglo XIX prolongándose, a lo sumo, hasta principios del siglo XX (siendo probablemente los fascismos, en sus diversas vertientes, los últimos acicates para el mismo). En cambio, a partir de la segunda mitad del siglo XX arrecian y se multiplican los debates “sobre” el nacionalismo, establecidos desde la Universidad, por autores que no son nacionalistas o que, como mínimo, no lo analizan en su condición de tales. Es decir, el nacionalismo deja de ser sujeto, para ser objeto de investigación científica.

La obra de Karl Deutsch citada al principio de este epígrafe, se inscribe en este ámbito. Aunque incluye un concepto de nación (se trata, de hecho, de una de las aportaciones más relevantes de nuestro autor), se inscribe en el debate iniciado para escrutar qué es una nación, qué papel juega el nacionalismo y qué consecuencias se derivan de todo ello, siendo estos tres los objetivos prioritarios de Deutsch. En verdad, ni siquiera es el primer intelectual que se acerca de modo sistemático a dicho fenómeno con ese prisma (v. gr. Kohn, 1944, aunque con un prisma más histórico). Pero es uno de los primeros, además de ser uno de los que, como comprobaremos en el último epígrafe de este *Paper*, más ha influido en la expansión de este debate.



Deutsch, social-constructivismo y nacionalismo

Deutsch comienza planteando una inquietud y varias preguntas relevantes. La primera tiene que ver con las premisas del propio social-constructivismo. Es decir, con la posibilidad de que una ideología condicione nuestra forma de ver el mundo, de proceder, de relacionarnos con los demás... hasta el extremo de inhibir el cálculo racional que nos caracteriza como especie. Pero no precisamente para abrazar un mundo más amable. Lo plantea porque tiene la convicción de que los procesos de construcción social vinculados al nacionalismo afectan, más que cualquier otra ideología, a la “very inner structure of ours goals, preferences, and attitudes” (Deutsch, 1969). Aunque el de Praga no llega a los extremos expuestos, años después, por Wendt... ya traza el itinerario a seguir.

En cuanto a las preguntas, Deutsch retoma el debate acerca de qué sea una nación. Para, en capítulos posteriores, analizar las razones que provocan que el nacionalismo sea más fuerte en unas sociedades que en otras. Lo primero es interesante por cuanto de su insatisfacción con los conceptos al uso surge su propia aportación al debate. Lo segundo, porque ahí exprime las posibilidades ofrecidas por las dinámicas de corte social-constructivista. Vayamos por partes.

Deutsch entiende que las definiciones más usuales de nación no resisten el contacto con la realidad. Lo hace en clave popperiana: es fácil hallar casos a sensu contrario. Por ejemplo, si la lengua compartida fuera lo determinante (lo que coincidiría con la teoría *Volkgeist*) ... ¿Qué le podríamos explicar a los suizos, con cantones de habla básicamente alemana, francesa, italiana, o vernácula? ¿Acaso les podemos decir que no constituyen una nación, porque hay una teoría que se lo impide? ¿O, como Treitschke apuntaba acerca de los alsacianos que se sentían franceses... les podríamos decir que ni siquiera sabían lo que eran, que estaban todos equivocados, y que su destino fatal -al menos en la acepción de no discutible- era “regresar” a Alemania?

No es esa la opinión de Deutsch. Él plantea que, dada la convivencia alcanzada, la comunidad de intereses

(como también la no-comunidad de intereses con otros territorios, aunque siendo vecinos y de la misma lengua), las empatías, las agendas políticas, etc... no hay ningún motivo para creer que Suiza no sea una nación. A no ser, claro está, que rebajemos hasta la irrelevancia académica y hasta la inoperancia práctica el concepto mismo de nación.

Asimismo, podemos encontrar, con la misma facilidad, ejemplos en la dirección opuesta, útiles para sostener la misma crítica. **No en vano, si la lengua fuera parte de la definición de una nación... ¿Por qué los independentistas de las 13 colonias se plantean que son una nación distinta de Gran Bretaña, a finales del siglo XVIII? O, incluso, aunque este ejemplo sea de cosecha propia... ¿Con qué criterio podían haber hecho lo propio los criollos, que son los grandes protagonistas de la “emancipación” americana, a principios del siglo XIX? ¿Acaso los colonos y los criollos americanos no eran parte, respectivamente, de la misma nación *Volkgeist*, ya sea británica o española?**

Tampoco le satisfacen las explicaciones de corte puramente histórico. Porque siempre es factible “picotear” en la historia fechas y eventos que delaten un enfrentamiento acaecido entre colectivos acerca de los cuales se discute (con ojos de hoy, por cierto) si configuran o no, una misma nación. Pero, con la misma facilidad (de nuevo), se pueden hallar fechas y eventos que demuestren lo contrario, teniendo por protagonistas esos mismos colectivos. De hecho, si un social-constructivista está convencido de que podemos “reconstruir” la realidad presente... es lógico pensar que advierta que se puede (y que se suele) hacer lo propio con la más lejana y siempre más difusa realidad pretérita.

Algo más parece seducirle el concepto de nación popularizado por Otto Bauer, que era socialdemócrata y centroeuropeo, como el propio Deutsch, en aquellos años convulsos de la historia de Europa. El austro-marxista expone que una nación sería una “comunidad de destino”, connotando así que lo que une a la comunidad es más el proyecto a futuro que se apreste a compartir (a construir conjuntamente) que las sombras, siempre borrosas, siempre manipulables, proyectadas a partir del pasado.

Pero esa aproximación tampoco le satisface por completo. Desde luego, es más sutil que las al uso. Por el contrario, **Deutsch prefiere aportar su propia conclusión al debate: una nación sería, más bien, una “comunidad de comunicación” (Deutsch, 1969). El negativo de la misma fotografía sería la afirmación de que se trata de una comunidad porque no se detectan “fronteras o barreras de comunicación”.**

Pero, como cabe deducir de lo que venimos asumiendo de la tesis de Deutsch, esa comunicación no remite a ninguna lengua compartida (no necesariamente, al menos). De hecho, en otras obras recuerda el rechazo que suele causar la elección de una lengua (de entre las varias que operan en un territorio) cuando eso implica la marginación de las demás (Deutsch, 1966: 7). Por consiguiente, **la “comunidad de comunicación” puede fraguarse con lenguas diversas, o puede no llegar a darse... pese a que se comparta lengua.**

Retomando el ejemplo de Suiza, pensemos en la posibilidad de que una familia resida en un cantón suizo cercano a la frontera con Alemania. A los dos lados de la frontera se habla una lengua germánica. Y la distancia es muy corta. Mientras que, como hemos recordado, en otros cantones suizos se hablan otras lenguas. Sin embargo, Deutsch sostiene que Suiza es una nación porque es una auténtica comunidad de comunicación, Mientras que esos cantones no son parte de ninguna nación alemana porque, pese a su proximidad geográfica, existen barreras de comunicación entre ambas naciones.

La razón de todo ello radica en que los suizos sintonizan canales de radio y televisión, o leen periódicos que, sin ser necesariamente los mismos (depende de la etapa de la que hablemos), remiten a los mismos debates, a los mismos anhelos, o a los mismos problemas. De manera que, como resultado de todo ello, residiendo en sus diversos cantones, los suizos comparten agenda política, preocupaciones, empatías y sinergias: su marco mental de referencia es el mismo. En cambio, todo ello tiene poco o nada que ver con el marco mental de un ciudadano alemán residente en, por ejemplo, Friburgo.

Por lo demás, **cuando Deutsch llega a los EEUU detecta que, si no estaba nada claro que fueran una**



Imagen: Pixabay

nación a finales del siglo XVIII cuando, con base en esa pretensión, se lanzan a por su independencia, tampoco lo está que hayan llegado a ser una “comunidad de comunicación” a mediados del siglo XX. De un modo profético, se pregunta si la integración entre anglosajones y afroamericanos es lo suficientemente sólida como para dar eso por sentado y concluye... que no lo es. Los años 60 vieron episodios traumáticos en ese conflicto que, en buena medida, fueron apaciguados por mor del contexto de la Guerra Fría, que exigía disponer los parches necesarios a nivel interno para no dar argumentos al bloque comunista (Mearsheimer, 2018: 73).

Algo similar podría decirse de países como Argelia. Deutsch advierte algo al respecto, pero, cuando escribe su libro (recordemos que corría el año 1953), difícilmente puede cerrar ese tema. Pero que no debía estar muy errado lo demuestra el hecho de que algunos de los separatistas más dogmáticos admitieron, pocos años después, que Argelia no era una nación antes de su independencia, sobre todo debido a las “barreras de comunicación” existentes entre árabes y bereberes, a pesar de que todos profesaban el islam (Fanon, 1963: 56, 124 y 151).

Esos ejemplos nos recuerdan la complejidad del tema planteado. **Ahora bien, ¿las naciones nacen o se hacen? Deutsch tiene claro que se hacen. Y no de modo aleatorio. Detrás de ello suele haber políticas públicas de largo recorrido. Pueden ser estatales o no.** Porque también pueden traer causa de territorios de un Estado que dispongan de las administraciones y los recursos necesarios para ello. En todo caso, **los elementos fundamentales son el control del sistema**

educativo, de los *mass-media*, y de la sociedad civil, debidamente subvencionada, para que sea un poco menos “civil” y algo más “orgánica”, en beneficio de ese Estado o de esas estructuras de Estado, que muchas veces están a disposición de regiones autónomas o federadas.

Uno de los ejemplos que más trabaja es el escocés. Contra algunos mitos al uso, creados por el nacionalismo escocés vigente, en la época dorada del nacionalismo, Escocia estaba perfectamente integrada en Gran Bretaña. Nuestro autor no se refiere solamente al aspecto jurídico (lo cual es obvio) sino a que la conexión era mucho más, digamos, espiritual: formaban una única comunidad de comunicación y, por ende, una sola nación. Quizá con la excepción de algunas zonas de las *Highlands*, por motivos bastante evidentes, si tiramos del hilo del argumento del propio Deutsch que es, por otro lado, muy coherente.

Dicho lo cual, si Escocia se hace con esos mecanismos de control del sistema educativo, de los *mass-media* y de la sociedad civil... no solo no existe obstáculo alguno para que se revierta la situación, sino que, con tiempo de por medio, eso sería lo previsible.

En la estela de Deutsch... algunas derivadas interesantes

La lista de influencias generadas por Deutsch sería muy dilatada. Pero en un análisis de estas dimensiones, nos conformaremos con un par de (destacados) vástagos.

Uno de los autores que más ha contribuido a (re-) pensar el nacionalismo, desde una óptica que contiene tintes marxistas (aunque, como “buen” heredero de esa tradición, metido en los años 80 del siglo XX, ya se tratara de un marxismo un tanto vergonzante) es Ernst Gellner. Es uno de los más conspicuos defensores de la tesis que advierte que el nacionalismo crea las naciones, vinculando todo el fenómeno a cuestiones estructurales (unificación de mercados, motivada por cuestiones económicas, empleando como instrumento a los Estados). Pero, cuando analiza el “cómo” de la construcción de esas naciones, deja claro, lapidariamente, que el auténtico monopolio del

Estado (de un Estado que se precie) es el monopolio de la educación legítima (Gellner, 1988). Interesante manera de parafrasear a Weber.

Por otro lado, **también en los años 80, encontramos la muy interesante aportación de Benedict Anderson. Su aproximación delata que las naciones pueden (o deben) ser vistas como “comunidades imaginadas”. Con los instrumentos adecuados para ello, se pueden convertir en naciones sociedades que, a priori, no gozarían de ese estatus.** De nuevo, los EEUU están en el punto de mira. Otra vez, debido a la sospecha de que “fuerzan” las diferencia con el Reino Unido más allá de lo razonable, pero... con éxito. Porque, en realidad, si la identidad de esos colonos tenía alguna idiosincrasia basada en un pasado diferenciado de los nativos -a los que esos independentistas no tenían en gran estima- esa identidad era, como decía jocosamente Tocqueville, la británica (Tocqueville, 1993, I: 287).

En esta ocasión, eso se logró gracias a una retórica que algunos expertos de los propios EEUU han considerado demagógica, hasta el punto de decir que la Declaración de independencia es uno de los ejemplos de propaganda más logrados de la historia (Beilenson, 1972: 83). Así como a la difusión de sus ideales mediante la imprenta, o la aparición de rotativos a los que acude la mayor parte de la población (Anderson, 1983: 39). Nótese la similitud con algunas de las tesis básicas de Deutsch. Aunque al éxito de los recién nacidos EEUU en la batalla mediática del momento contribuyó cierta dejación de funciones de la “madre patria”, que en esos momentos tenía muchos frentes abiertos.

Años después, han ido surgiendo otros autores y obras de referencia, que se han dedicado a explorar los modos y maneras de generar naciones y nacionalismos, en el orden que sea. Porque miradas incisivas como la de Deutsch abrieron la mente a muchos intelectuales, que ya no se conformaron con asumir como dado el discurso nacionalista. Como en tantos otros casos de grandes clásicos del pensamiento político, es posible que nuestro autor no establezca una solución definitiva para nada. Pero, en ciertos momentos de la historia, cuestionarse los tópicos es un buen comienzo para evitar fanatismos y moderar el debate.

Cronología

1912: Nace en Praga, entonces parte del Imperio austrohúngaro. Tras la I guerra mundial adquirió la ciudadanía checoslovaca.

1934: Se gradúa en Derecho.

1938: Se doctora en Ciencias Políticas. Viajó con su esposa a los EEUU para no regresar, debido a su conocido antinazismo.

1951: Obtuvo un segundo doctorado, en Harvard. En EEUU desarrolló su carrera académica (sobre todo en Yale, Harvard y en el MIT).

1953: Publica *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundation of Nationality*. Cambridge (MA): MIT Press.

1966: Publica *Nation-building and National Development: some issues for political research*, en Deutsch, Karl, y Folz, W. J. (eds.). *Nation-building*. Nueva York: Atherton Press.

1969: Publica *Nationalism and its Alternatives*. New York: Alfred A. Knopf.

1978: Publica *The Analysis of International Relations*. New Jersey: Prentice Hall.

1982: Fallece en Massachusetts.

Para saber más

Anderson, Benedict (1983). *Imagined Communities: Reflections on the origin and spread of Nationalism*. Londres: NBL

Baqués, Josep (2015). “El Estado”, en Caminal, Miquel y Torrens, Xavier (ed). *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Tecnos, pp. 39-70.

Beilenson, Lawrence (1972). *Power through Subversion*. Washington DC: Foreign Affairs Press.

Deutsch, Karl (1969 [1953]). *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundation of Nationality*. Cambridge (MA): MIT Press.

Deutsch, Karl (1966). “Nation-building and National Development: some issues for political research», en Deutsch, Karl, y Folz, W. J. (eds.). *Nation-building*. Nueva York: Atherton Press.

Fanon, Franz (1963 [1961]). *Los condenados de la tierra*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Gellner, Ernst (1988 [1981]). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Universidad.

Kohn, Hans (1944). *Idea of Nationalism*. New York: Macmillan Company.

Mearsheimer, John (2018). *The Great Delusion. Liberal Dreams and International Realities*. Yale University Press.

Schmitt, Carl (2009 [1932]). *El concepto de lo político*. Madrid. Alianza Universidad.

Tocqueville, Alexis de (1993 [1835]). *La democracia en América*. Madrid: Alianza Editorial.

Wendt, Alexander (1999). *Social Theory of International Politics*. Cambridge University Press.